

Maduro, ¿amigos para siempre?

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

La crisis institucional y política abierta en Venezuela tras la proclamación de Juan Guaidó como “presidente encargado” tiene una dimensión que va más allá del continente americano. Lo hemos visto en la aceptación de su figura hecha por el Parlamento Europeo o por algunos miembros de la UE, entre ellos España. Pero su pertenencia a la OPEP y el ser el mayor productor de crudo de América Latina, junto a México, hacen que cuanto está sucediendo allí en estos momentos se haya convertido en uno de los elementos clave del tablero internacional. El decidido e inmediato soporte de Estados Unidos al joven político de 35 años ha despertado los fantasmas de la guerra de Irak, donde, bajo la excusa de que Sadam Hussein poseía armas de destrucción masiva y que era uno de los máximos responsables de las prácticas terroristas, la coalición liderada por Washington invadió y destruyó ese país, creando una secuela de desesperación que aún perdura. No pocos vieron entonces la mano negra del vicepresidente Dick Cheney, estrechamente vinculado a las grandes empresas petrolíferas. Evidentemente, en este caso yo no me atrevo a sostener este argumento esgrimido por la izquierda radical, pero lo cierto es que, a nivel global, no pasa desapercibido.

Con todo, aparte del tema de los hidrocarburos, que no debemos olvidar, el régimen chavista ha ido tejiendo su particular estrategia de alianzas. Es normal, por tanto, que Nicolás Maduro trate ahora de sacar provecho de ellas. Y no estoy aludiendo precisamente al régimen cubano, cuyos asesores políticos y militares influyen decididamente en la toma de decisiones de Caracas, instándole a que resista, como hicieron ellos durante el bloqueo. No. Me estoy refiriendo a socios de gran envergadura. En concreto, al eje formado por Ankara, Moscú y Pekín. El mismo eje que se ha mantenido firme junto a Bashar al-Asad, quien, por cierto, también ha manifestado su sostén a Maduro.

Después de la caída del muro de Berlín, el politólogo estadounidense de origen japonés Francis Fukuyama publicó su famoso libro “El fin de la historia y del último hombre”, en el que venía a sostener que la Historia, como lucha de ideologías entre el liberalismo y el comunismo, había concluido a favor del primero, imponiéndose la democracia liberal y el capitalismo. Se apostaba por un sistema unipolar en el que los Estados Unidos tendrían la prevalencia. Sin embargo, tras el shock de la desintegración de la Unión Soviética, el renacer ruso de la era de Vladímir Putin ha puesto en entredicho esta tesis. Al tiempo que el propio autor se ha visto obligado a rectificar. Verdaderamente, Putin ha logrado romper con esa visión unipolar para tratar de establecer un orden mundial de carácter multipolar en el que diferentes actores tengan asimismo un protagonismo especial. Lo vimos con la Administración Obama en la guerra de Siria, cuando no se atrevió a bombardearla por sugerencia de Moscú. A mayor abundamiento, los estrechos lazos que se han forjado en los últimos años entre el Kremlin y las autoridades chinas han contribuido a esta multipolaridad. Incluso, recientemente, Donald Trump llegó a decir que Estados Unidos debía dejar de ser el gendarme del planeta, asumiendo, en consecuencia, una realidad mucho más compleja de la descrita en su momento por Fukuyama.

Consiguientemente, en este juego de intereses que se fue fraguando a principios del siglo XXI, inicialmente Hugo Chávez y luego Nicolás Maduro trataron de acercarse a Moscú y a sus amigos, huyendo del “imperialismo yanqui”. Y esa aproximación se ha

concretado en el apoyo que aquél ha recibido no sólo de Rusia y China, sino también de sus correligionarios en Oriente Próximo, a saber: Turquía, Irán o Siria, por ejemplo. Algo que, sin duda, pone de manifiesto unas relaciones muy tensas entre Moscú y Washington. De hecho, no parece casualidad que justo en estos momentos Estados Unidos haya anunciado su retirada del acuerdo nuclear que prohibía la proliferación de misiles de crucero de alcance intermedio y que firmaron el 8 de diciembre de 1987 Ronald Reagan y Mijail Gorbachov. Así las cosas, la respuesta de Putin no se ha hecho esperar y ya ha declarado asimismo su abandono, lo cual podría abrir una renovada escalada armamentística nuclear.

Aunque de estas tensiones no quedan excluidas otras naciones. Erdogan, sin ir más lejos, no perdona que Barack Obama lo dejara a su suerte durante el golpe de Estado de julio de 2016, pese a ser Turquía miembro de la OTAN y, por ende, aliado. El acercamiento de ambos dignatarios ha servido para limar los siempre difíciles nexos entre Turquía y Rusia. Por su parte, el proteccionismo comercial inspirado por Trump contra las ventajas chinas o el episodio de la detención en Canadá de la directora financiera de Huawei no han hecho sino envenenar los nexos de unión abiertos desde los años setenta entre Pekín y Washington. Por último, la actitud de Trump hacia Irán ha hecho saltar los puentes que en su día trató de levantar Obama y no es de extrañar, efectivamente, su firme alineamiento con Moscú. A sabiendas, no lo olvidemos, de que Israel, siguiendo a la Casa Blanca, ya ha reconocido a Guaidó.

En definitiva, los acontecimientos de Venezuela tienen una magnitud trascendental, la cual, dejando de lado cómo se resuelva, esperemos que por vías pacíficas y sin intervención militar, está sirviendo nuevamente para poner sobre el tapete los lazos construidos desde hace unas décadas, volviendo a la estrategia de bloques y conduciéndonos hacia un escenario más bipolar que multipolar, como cabía esperar.

4 de febrero de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 11 de febrero de 2019, p. 14